

## CATEQUESIS Y TEOLOGIA. RELACIONES E IMPLICACIONES MUTUAS

ANTONIO CAÑIZARES

### PLANTEAMIENTO DE LA CUESTION

Las relaciones e implicaciones mutuas entre teología y catequesis es uno de los problemas que actualmente tiene planteados el quehacer teológico y el pastoral-catequético. El diálogo y encuentro entre teólogos y catequistas no siempre ha sido fácil ni real; y no podemos decir que esté enteramente logrado en nuestro tiempo, al menos en España. Más aún, creo que es fuente de conflictos no resueltos en la actualidad.

Mirando nuestro contexto español se detectan varios síntomas sobre esta cuestión. En ciertos sectores se pretende que la catequesis no haga otra cosa que vulgarizar el contenido de los tratados teológicos y decir de una manera más sencilla, «adaptada», lo que los teólogos de oficio dicen en sus cátedras o en sus publicaciones especializadas. Algunas maneras de realizar la catequesis y algunos materiales catequéticos, exponentes de esta catequesis, reflejan esta postura: la catequesis se confunde con la vulgarización teológica. Algo parecido a lo que ha venido haciéndose varios siglos tras el concilio de Trento.

Quienes mantienen esta postura querrían que la catequesis fuese un vehículo transmisor para el pueblo llano de su propia teología, frecuentemente anclada en unos decires y en unos haceres que no siempre responden a las exigencias de nuestro tiempo. Estos sectores verían la catequesis como un eco dócil o una transcripción pedagógica de «su» teología. Y digo «su» teología porque cuando la catequesis no es transmisión servil de «esa» teología, ya es considerada con cierto recelo.

Esta postura nos plantea una serie de cuestiones en relación con nuestro tema. ¿Es la catequesis *ancilla Theologiae*? ¿Se puede considerar fielmente la catequesis bajo la vertiente única de transmisión doctrinal? ¿Se puede hablar de una sólo teología? Consiguientemente, caso hipotético que la catequesis fuese eco de la teología, ¿de qué teología se trataría? ¿Se puede olvidar, por otra parte, otros elementos de la catequesis, como son el pedagógico de la fe y el institucional con lo que ello comporta?

Otro síntoma que se detecta está referido al mundo mismo de la acción catequética, del movimiento catequético como se dice habitualmente. Hay una sobrevalorización del elemento vivencial, experiencial, actitudinal. Se oye frecuentemente que lo que importa es «crear actitudes, la vivencia, la experiencia humana», etc. Se da un cierto recelo respecto a lo que, en el «argot» de este campo, se denomina «contenidos». Se acepta de buen grado el contenido bíblico como normante y clave de interpretación de la experiencia y fundamentación de «vivencias» y actitudes; pero habrá más reticencias a admitir como contenido y catequético lo que provenga de la reflexión y de los lenguajes y decires teológicos actuales o precedentes.

«Lo que importa, se dirá, es el nuevo lenguaje, el nuevo decir que emerge del grupo como expresión de la interpretación hecha de la experiencia humana del grupo en su relación con la palabra bíblica y como respuesta a ella». Hay que decir que se mira con desconfianza a ciertas teologías o a la teología misma, cuando esta proviene de los teólogos de oficio o de las instituciones donde se enseña o elabora la teología. Se la ve quizá a la teología distante de la realidad, de lo que viven los hombres reales y contemporáneos. En el fondo parece como si la teología que se hace no «sirviera», no respondiese a las exigencias de una pedagogía de la fe; me atrevo a decir que se la considera teórica, no práctica, ideologizada, a pesar de su notable renovación.

Cabe, además, apreciar como una especie de reacción, en algunos sectores de la catequesis, a verse nuevamente «colonizada» por la teología; es más, grupos catequéticos se convierten en verdaderos «talleres» de elaboración teológica y no falta la pretensión, no siempre confesada, de buscar para la catequesis un cierto monopolio de la vida y funciones eclesiales.

El fenómeno es complejo y no se trata de analizarlo aquí; pero, ciertamente, plantea serios interrogantes al diálogo de teólogos y catequistas. ¿Podrán perdurar estas posturas en el campo catequético sin que se produzca un empobrecimiento en la catequesis? ¿Podrán ignorar o desvalorizar los teólogos y sus haceres teológicos este hecho, no para anularlo sino para dejarse cuestionar por él y para ofrecer su propio quehacer en relación con las múltiples e importantes cuestiones que tal praxis catequética implica? ¿Podrán, por otro lado, estos sectores de la catequesis ignorar la teología o las teologías? ¿Podrá permanecer por mucho tiempo la catequesis, tan rica por tantos aspectos, «apresada» en su propio castillo sin llevar a un proceso involutivo y estéril? ¿Podrá seguir haciéndolo «casi todo» tal catequesis sin entrar en diálogo suficiente con la teología o las teologías?

Si se analizan los planes de formación teológica —bien de nuestros seminarios, bien de nuestras facultades teológicas— ¿qué lugar ocupa la catequesis dentro de ellos? A veces se ve reducida a una materia de segundo rango o menor entidad. ¿No refleja ésto a caso, una cierta descalificación

de la catequesis o; en todo caso, un no considerar relevante la relación de la teología con la catequesis?

También cabría preguntarse en relación con la formación de catequistas y catequetas por el lugar que ocupa la teología en su formación, cómo está situada en dicho proceso de formación y qué tipo de teología. No es raro encontrarse con catequistas —en número nada despreciable— que su demanda se centra en el *cómo* hacer y no en el *qué* hacer o *qué* decir, ni en la reflexión sobre la acción que llevan entre manos y su sentido dentro de una visión y realización de Iglesia, su inserción en la misión y tarea evangelizadora, el tipo de hombre creyente que se «produce», etc. Y éstas son cuestiones teológicas de fondo que quizá se responden prácticamente, pero en todo caso con una teología implícita.

Podríamos añadir otros exponentes y síntomas que denotan una verdadera actitud de diálogo y cooperación mútua entre teología y catequesis. Con todo, no podemos cerrar los ojos a las tensiones normales, a los recelos mútuos y a las intromisiones abusivas. El fenómeno es complejo y reclama una cierta clarificación en pro de la misión eclesial, a cuyo servicio se encuentran ambas funciones y haceres plurales: el de la catequesis y el de la teología.

El tema ha sido abordado, debatido y analizado en bastantes ocasiones en los últimos lustros. El estudio de dicho debate nos muestra, no sólo la complejidad del tema y la pluralidad de elementos que entran en el mismo, sino la variedad de aproximaciones con las que podemos acercarnos a él. Las diferentes aproximaciones son de interés y bastante clarificadoras, individualizadas o en su conjunto; cada una nos descubre facetas y enriquece, tanto a la acción catequética, como al hacer teológico. Señalemos algunas de estas aproximaciones.

#### DIFERENTES APROXIMACIONES AL TEMA

Una aproximación podría realizarse a partir de un análisis teórico de las definiciones de teología y de catequesis. Establecer en primer lugar qué es catequesis y qué es teología y desde ahí comparar, relacionar y buscar puntos de convergencia e implicaciones mútuas. El procedimiento es válido, pero resulta un tanto infructuoso o no suficientemente operativo, entre otros motivos, porque habría que hablar en plural de teología y de catequesis —tanto una como otra no pueden ser consideradas en su abstracción sino en los muy plurales haceres respectivos que implican—. Por otra parte, entre algunos haceres catequéticos y algunos haceres teológicos no cabe relación alguna. Sin ocultar las implicaciones y matizaciones que habría que hacer, no parece ocioso el recordar que la teología —al menos en su actual consideración— entra dentro del campo de la ciencia y la catequesis entra más bien en el de la praxis; lo cual supone no una oposición; pero

sí unos deslindamientos prolijos, aunque llenos de interés, que prefiero no abordar en este estudio.

Otra aproximación podría ser la histórica y resultaría altamente aleccionadora, sobre todo si contemplamos algunos de sus momentos; entre otros momentos podríamos hablar por ejemplo del Nuevo Testamento, de la Escuela de Alejandría, de algunos catecismos del siglo XVI español —Bartolomé de Carranza— y, de una manera particular, del movimiento catequético en sus últimos cincuenta años. Sería totalmente factible y legítimo hacer una historia de la catequesis reciente desde la perspectiva de confrontación, prolongación, interrogación, diálogo, abandono, olvido y amistad entre catequesis y teología. Y lo mismo cabría decir de una historia y la teología.

Cabría también aproximarnos a nuestro tema a partir de las realizaciones diversas y plurales en que se concretizan en estos momentos, tanto la teología como la catequesis. En toda catequesis de hoy subyace una teología; a los diferentes modelos catequéticos corresponden otros tantos modos de quehacer teológico. Los distintos modos de hacer teología están apuntando a una proclamación de la Palabra de Dios para el hombre de nuestro tiempo. Los catequetas se sienten de alguna manera teólogos; y los teólogos de alguna manera catequetas.

Sería posible acercarnos al tema de nuestra reflexión interrogando a teólogos y catequistas sobre que piensan al respecto. Encontraríamos respuestas para todos los gustos. Pero en todo caso, las referencias, explícitas o implícitas, a la relación entre teología y catequesis-predicación resultarían insoslayables.

¿Por qué? Sencillamente porque tanto la predicación-catequesis, como la teología hacen referencia a una realidad fundamentante: la revelación de Dios y su actualización en y para el hoy de los hombres.

Cabrían otros planteamientos; por ejemplo: su referencia a la fe, a la comunidad eclesial, al hombre histórico del hoy que nos ha tocado vivir, etc. En todos ellos siempre habría una ulterior y original cuestión: la anterior planteada, su referencia a la actualización eclesial de la revelación de Dios en el hoy de los hombres.

#### APROXIMACION QUE ELEGIMOS: TEOLOGIA Y CATEQUESIS COMO ACTUALIZACION DE LA REVELACION

Por eso me parece oportuno elegir este camino, no exento de dificultades. Dificultades de todo tipo; no siendo la menor lo escurridizo y resbaladizo de los mismos términos: teología y catequesis. Son tan plurales la acepciones, tan diversas las formas y tan amplias las gamas de hacer teología que, a veces, parecen irreductibles a una identidad. Y con no menor babel teórica y práctica nos encontramos en el terreno de la catequesis.

El camino por el que opto puede ser discutible y, aunque englobante, no suficientemente concreto y analítico. No dará razón de todos los aspectos del tema, es cierto, pero nos permitirá poner a ambos menesteres en referencia a la realidad eclesial como a su origen, ámbito y meta.

El camino elegido nos obligará a situar la teología y la catequesis dentro de la misión evangelizadora de la Iglesia: de la Iglesia entendida como sacramento de Cristo, testimonio de Cristo, presencialización en el hoy de los hombres, en su historia, en sus culturas a través de sus distintas mediaciones, de la revelación-salvación de Dios en Jesucristo por la acción de su Espíritu. Nos hará percibir la eclesialidad, y referencia a la comunidad, de ambas tareas. Nos ayudará a situar una y otra acción en la dinámica de la Tradición viva de los hombres, como expresión y generación de tradición que hace posible la acción perenne del Espíritu por la obra evangelizadora de la Iglesia.

Esta opción puede ponernos en la pista de descubrir su diferenciación, al mismo tiempo que su unidad y relación, su especificidad a la par que su mútua y dinámica interrelación. Nos podrá señalar cómo son necesarios, tanto los haceres teológicos plurales como los catequéticos, igualmente plurales; y cómo ambos se reclaman y cómo, incluso, una teología —actualización de la revelación— tiene ya algo de lo propiamente catequético y al revés. Podrá superarse la catequesis entendida sólo en su aspecto doctrinal o de «contenido» para incorporar el elemento pedagógico e institucional y a superar una teología como pseudociencia.

Optar por esta aproximación supone que la teología y la catequesis son *funciones* de la Iglesia y como tales funciones, inseparables, no confundibles, llamadas a una complementación, a un necesitarse mútuo y a un cooperar en la unidad del cuerpo vivo que es la Iglesia. Ambas son funciones de la gran función que es el ministerio de la Palabra dentro del ser y al servicio del ser de la Iglesia, actualización de la revelación-salvación de Dios en Jesucristo. *Ministerio, función e institución* teológica y catequética son, por otra parte, aspectos que emergen en la discusión sobre el tema que nos ocupa y que, desde la perspectiva elegida, pueden tener su clarificación.

En las páginas que siguen trato de precisar o apuntar por donde podría ir una posible clarificación del tema a partir del camino elegido. No extraigo todas las consecuencias que, sin duda, sacará el lector y crítico de este trabajo. Tan sólo indicaré algunas orientaciones que pueden ser válidas para un auténtico y fructuoso diálogo e intercambio entre catequesis y teología.

#### FUNDAMENTACION CRISTOLOGICA Y ECLESIOLOGICA

Partimos de un dato: En Jesucristo se nos *ha dado* la revelación y salvación completa y definitiva. En la vida, muerte y resurrección de Jesús

se ha hecho históricamente presente e irreversible la libre y graciosa auto-manifestación y autocomunicación de Dios a la Humanidad y su victoria como verdad y como gracia. En el acontecimiento total de Jesucristo —vida, muerte, resurrección y donación de su Espíritu— Dios abre a la historia humana al sentido, a la salvación buscada y amenazada y le da su valor definitivo. El acontecimiento pascual es insuperable. Esto hace que el acontecimiento de Cristo, la Palabra que es El, tenga una validez y un carácter de urgencia y concernimiento universal.

Si Jesucristo concierne decisiva y universalmente a los hombres, es necesario que la revelación objetiva que es El se constituya efectivamente como revelación para un sujeto y se haga presente entre los hombres de modo permanente y universal, se actualice en el testimonio vivo suscitado por su Espíritu, como parte de este misterio e instrumento de su cumplimiento. Es necesario que se haga Tradición; y la tradición es presencialización en la fuerza del Espíritu de la revelación-salvación de Dios en Jesucristo en el hoy de los hombres por las mediaciones de la Palabra, de la celebración y de la vida cotidiana de servicio de los creyentes en El.

Y la tradición es Iglesia, lugar de la actualización, continuidad viva de una comunidad de testigos, de creyentes en Jesucristo a lo largo de la historia. En ella, como tal y totalidad y por la acción de su Espíritu, tiene su sujeto primero la palabra del testimonio que hace vivo y presente permanentemente el acontecimiento de Cristo. Ella, presencia duradera y aprehensibilidad histórica de Jesucristo, es la que proclama y anuncia, convoca y reúne, en torno al acontecimiento de Jesucristo, del que ella es su testimonio y anuncio, su sacramento.

Tanto catequesis y predicación como teología se sitúan en esa realidad que es la Iglesia como tradición viva del Evangelio —palabra, memorial y testimonio— como elementos de esa mediación central o funciones de esa función básica que es la palabra y su ministerio correspondiente. Se sitúan, por lo mismo, dentro de la obra que es la razón de ser de la misma Iglesia: la evangelización, que se realiza en el testimonio y la palabra íntimamente conexos.

La catequesis y la predicación, como la teología misma, no tienen otra finalidad que comunicar a los hombres la revelación divina. Constituyen, de alguna manera, una actualización de la revelación para el hombre de hoy como *ministerium verbi*. Vienen a ser una y otra como una hermenéutica actualizante de dicha revelación, aunque cada una desde su especificidad propia.

La Palabra, la revelación de Dios, todos lo sabemos, no es identificable adecuadamente con la letra de la Escritura. Sobre la base del testimonio escriturario y del Testigo fiel, Jesucristo, la revelación es el acontecimiento siempre actual y siempre nuevo de Dios por el que interpela al hombre,

por el que se le comunica y se revela a los hombres en el seno de la Iglesia en la historia propia y concreta.

Ello implicaría, para nuestro tema, estudiar el cumplimiento de la revelación recorriendo todo el camino que va de la primera actualización de la palabra de Dios en la Escritura hasta la última actualización que es la predicación de la Iglesia en sus diversas formas, entre las que se encuentra la catequesis, pasando por la actualización sucesiva en la conciencia viva de la Iglesia, es decir en los siglos de Tradición.

#### ACTUALIZACION DE LA REVELACION: REVELACION DIVINA E INTERPRETACION HUMANA.

Es preciso hablar aquí de un doble cumplimiento de la revelación: el cumplimiento en la historia y el cumplimiento en la subjetividad de cada creyente. Y ambos son inseparables. Efectivamente, es imposible separar la revelación como acontecimiento histórico de su recepción por el hombre; hasta el punto de que no podemos hablar de revelación con toda propiedad, si la automanifestación de Dios en y por la historia no es captada por el hombre. Ya en la Escritura aceptamos como revelación, no sólo la palabra objetiva de Dios —si nos es permitido hablar en estos términos— sino la escucha de la misma por parte del pueblo elegido; esta escucha entra como elemento constitutivo de la misma revelación.

La revelación judeo-cristiana es indisociable de la historia significativa del pueblo de Dios que culmina en el acontecimiento de Jesucristo. Pero esta revelación coincide con el don que Dios hace de sí mismo. Y ésto no cesa en la etapa apostólica, sino que prosigue en la comunidad-Iglesia y en la vida de cada hombre.

La revelación como acontecimiento histórico se ha cumplido en plenitud en Jesucristo, pero su actualización en la conciencia viva de la Iglesia, bajo la moción del Espíritu Santo, jamás está acabada. Y es en éste sentido como podría hablarse de una revelación continuada, en cuyo dinamismo habrían de insertarse tanto catequesis como teología.

No hay revelación de Dios inmediata, *directa verbaliter*. Dios tampoco habla al hombre desde un más allá lejano o desde el «exterior». Dios se revela en el interior mismo del mundo, de la historia de la salvación y del corazón de los hombres, protagonistas de esa historia. La revelación es la presencia del misterio de Dios en el pensamiento y en la vida de los hombres. Revelación no es, en sentido estricto, acto transitivo de orden fenoménico entre Dios y su mediador, Dios y la comunidad creyente. Es una relación de dependencia en el ser y en la conciencia del mediador o entre el ser y la conciencia de la comunidad creyente y Dios revelante.

La reacción del pueblo de Dios, la reacción e interpretación histórica

de los profetas ante la intervención de Dios a lo largo de la historia de Israel y finalmente de Jesucristo, tal y como se expresa en la Escritura, entra dentro de la intención de revelarse y de comunicarse Dios a la humanidad.

La revelación no es sólo una palabra que viene de «lo alto». Implica la acción y reacción del pueblo elegido ante su Dios. El contenido de la revelación nos parece a través de la conciencia de un pueblo —situado histórica, cultural y geográficamente— que tiene la experiencia de la acción y presencia del Dios viviente. Es, por tanto, acción de Dios e interpretación de la misma desde la experiencia humana creyente.

La historia de la salvación está jalonada de acontecimientos reveladores, portadores de sentido, en cuanto manifestación del plan de Dios; y este sentido no aparece sino cuando estos hechos son actualizados en la conciencia del pueblo de Dios.

La palabra de los profetas la consideramos como palabra de Dios en cuanto que es actualización inspirada por Dios del sentido de los acontecimientos de la historia de salvación. La revelación no se realiza plenamente sino cuando se interioriza en la conciencia humana.

La revelación no es tampoco un tesoro pasado, en el sentido de un conjunto de verdades sobre Dios y sobre el hombre que se transmite invariablemente de generación en generación. La revelación no encuentra su sentido más que en la fe que la acoge. Así la revelación es un acontecimiento siempre único entre Dios y el hombre, y, por tanto, un acontecimiento que continúa hoy en la experiencia creyente y consciente de los hombres.

La estructura de la revelación como palabra de Dios en y por la palabra humana nos ayuda a situar correctamente el problema de la actualización pluriforme de la palabra de Dios en el ministerio de la palabra: predicación misionera, catequesis, homilía, teología, magisterio —y, para algunos, enseñanza religiosa escolar—.

#### MINISTERIO DE LA PALABRA

La Iglesia nace por el anuncio de la Palabra; pero no nace por el anuncio subjetivo de cualquier palabra; es decir, no nace por el anuncio totalmente subjetivo de cualquier Cristo o un Cristo «particular», sino por el anuncio del Cristo que nos han confesado y testimoniado los apóstoles, revivido y mantenido en formas siempre nuevas en la Iglesia, en las diferentes culturas y situaciones de los hombres.

Y todo ello hecho en el Espíritu que es quien nos hace recordar la palabra de Cristo y su obra (cfr. Jn 14, 26; 16, 13 s.) y suscita en nosotros la respuesta histórica y concreta de la fe. La fe, entre otras cosas, se ha de formar y aclarar en el encuentro con los testimonios objetivos de la fe en



la sagrada Escritura y en la Tradición viva. La Iglesia no está sobre, sino bajo la Palabra de la revelación; en todo lo que hace y dice ha de dar muestras de ella; por consiguiente, tiene que argumentar. Ahí se sitúa uno de los menesteres del *ministerium verbi*.

La comunidad eclesial, histórica y culturalmente situada, debe penetrar razonable y vitalmente y aplicar a la vida, hacer vida, eso «dado e indisponible», eso confiado —la verdad evangélica que es relato, prescripción y promesa—; y debe llevar a cabo una actualización permanente en obras y palabras, debe conducir a una hermenéutica total actualizante de lo «dado» y de la existencia de los hombres, debe ahondar en cada situación histórica con las aportaciones diversas que ésta ofrece en la comprensión vital del misterio de Cristo; misterio y acontecimiento cuya significación no aparecerá sino al final de la historia. La Iglesia por el ministerio de la palabra —no sólo por él—, debe hacer tradición metiéndose en la dialéctica de fidelidad y creatividad. Fidelidad y creatividad del ministerio de la palabra porque la revelación es relato, prescripción y promesa y porque su verdad es una verdad diversificada, buscada, oculta y compartida.

Será función-ejercicio auténtico de todo ministerio de la palabra —de la teología y de la catequesis, por tanto— si hace hablar para los hombres de hoy esa revelación plena acaecida en Jesús, si devuelve a la Iglesia de hoy su propia palabra de fe para que la diga; si tiene algo que decir con sentido y que dé sentido a los hombres de hoy, si asegura la presencia de la Palabra como palabra viva, si «provoca» a la conversión y a la fe, si engendra y hace crecer a los fieles; si es evangelizadora, si es fiel creadoramente —porque no hay fidelidad genuina que no sea creadora— y sirve al proyecto originario, inmanipulable por nadie, al Hombre Nuevo Jesucristo y a la Humanidad nueva con la novedad del Evangelio.

El ejercicio del ministerio de la Palabra —siempre referibilidad y servicio— ha de estar al servicio de la Palabra plena que es Jesús y de la comunidad eclesial y de la humanidad entera. De ahí que haya de superarse cualquier postura sobrenaturalista o monofisita acerca de este ministerio, desde la que se pretendiera hablar al margen del acontecer intramundano y de las leyes psicológicas, sociológicas, económicas, culturales, etc. de cualquier grupo humano. Lo mismo que habrá que superar otras posturas antropocéntricas que reduzcan la palabra a la autocomprensión que el hombre tenga de sí mismo en los momentos diferentes de su historia personal o colectiva.

El ministerio de la palabra, como hermenéutica actualizante, debe tender a discernir y a posibilitar la palabra que germina poco a poco; ahora bien, este nacimiento se hace lo más frecuentemente en el crisol de la vida ordinaria, en la lucha de los cristianos más sencillos, en la vida y testimonio de las comunidades, en su praxis que es generada en la escucha, aceptación

y expresión —nuevo decir teórico y práctico— de la Palabra, por tanto, en el nivel en el que el *sensus fidelium* —en el que ocupa un lugar importante la catequesis— responde a las aspiraciones del pueblo de Dios.

Es tarea del ministerio de la palabra el hacer que esta palabra de Dios se refiera a cuestiones vivas de los hombres de los diferentes tiempos, edades, lugares y culturas. Este ministerio tendrá que ser actualización viva y vivificadora, permanente, del acontecimiento de Jesucristo y de la relación religiosa del hombre con Dios fundada en Jesucristo.

Ha de servir como mediación, dentro de la gran mediación que es la Iglesia comunión y sacramento, para nuestro encuentro con el Señor. Y ésto no puede hacerse por la comprensión que el hombre tiene de sí mismo.

Una tarea de este ministerio como acción pastoral —también la teología puede ser considerada como acción pastoral— es la de estar al servicio de la evangelización: al servicio de la creación de la humanidad nueva totalmente liberada y renovada en Jesucristo resucitado, al servicio de la construcción del Reino de Dios, al servicio de la actualización de la palabra de Dios afirmando su contenido integral en función de los nuevos instrumentos conceptuales del espíritu humano y al servicio de la realización «práctica» en el testimonio vivido como signo y desafío para el espíritu del hombre de nuestro tiempo.

La insoslayable responsabilidad misionera y pastoral de todo ministerio de la palabra debería conducir en su ejercicio a preguntarse por el sentido evangelizador y pastoral de sus realizaciones —hoy, desde la visión que nos ofrece el Vaticano II— a indagar una formulación nueva de la fe, como a nueva forma de vivirla y celebrarla.

La función plural de este ministerio le conduce a asumir una opción claramente liberadora. Ha de promover la fuerza liberadora de la Palabra frente a todas aquellas fuerzas —culturales, sociales, políticas, económicas, etcétera— que sean una amenaza y una opresión para el hombre. Ha de conducir asimismo en el ejercicio propio a la significatividad de sus expresiones y a la desideologización de las mismas, a dar a los hombres un sentido y una esperanza, a favorecer el encuentro de los hombres con el Evangelio. Este acento pastoral del ministerio reclama que los que lo ejercen en sus diferentes realizaciones escuchen al mundo, entren en diálogo abierto y modesto con él y con las culturas, que asuman las preocupaciones reales de los hombres y tomen parte en las experiencias de fe de las bases.

También reclama esta función evangelizadora por parte de los que realizan este ministerio de la palabra en sus diversas realizaciones, precisamente por fidelidad a este mundo, el ofrecer sin ambigüedades la verdad evangélica que es relato, prescripción y promesa, memoria, análisis —mandato—, esperanza.

Lo que proclame el ministerio de la palabra no ha de ser algo atemporal,

ni una ideología, ni un acontecimiento mítico primordial. La proclamación —confesión, anuncio, enseñanza, explicación— ha de hacerse de tal manera que llegue al hombre en situación en el aquí y ahora en que vive. Es palabra viva para hoy, actual, en acto, actuante. Como toda palabra y acción de la comunidad eclesial sólo tiene sentido porque es hoy la palabra y la acción que manifiesta a Jesucristo testimoniado por los apóstoles y vincula a El.

Esto plantea el problema del lenguaje. Para asegurar justamente su identidad la Iglesia ha de cambiar la formulación de su fe, como de hecho ha sucedido a lo largo de la historia. Es necesario que el ministerio de la palabra se exprese en un lenguaje significativo para el hombre de nuestro tiempo, para todas las vertientes de su vida. Sin un lenguaje significativo y con sentido para el hombre, enraizado en un tiempo y en una cultura, difícilmente dirá algo este ministerio pluriforme de la palabra. Sin esa significatividad de lo que proclama podrá haber una ortodoxia verbal, pero no una actualización de la revelación que nos ha sido dada y que se dirige al hombre situado. Sin esa significatividad transmitirán palabras pero no la Palabra como es su función; repetirá tradiciones pero no hará Tradición viva.

De ahí que en el ejercicio del ministerio de la palabra sea necesaria una dimensión de creatividad en la reexpresión de nuestra fe, en fidelidad a la fe de la Iglesia, para que sea significativa para el hombre de hoy.

Esto no se produce al margen de la acción permanente del Espíritu en la fe de la Iglesia que capacita a la Iglesia, a la comunidad creyente para recibir la Sagrada Escritura y sus auténticas interpretaciones sucesivas como palabra de Dios y para penetrar siempre más profundamente su contenido.

Desde esta perspectiva hay que señalar que el ministerio de la palabra, como actualización de la revelación, apunta a un porvenir, hacia un futuro total. Con lo cual el ministerio de la palabra, so pena de infidelidad, no puede ser elemento estático y paralizante, sino dinamismo y esperanza y creación de nuevas situaciones en las que se haga viva y operante la palabra divina salvadora; ello implica que este ministerio recupere la praxis y se inserte en el dinamismo de creación de cultura.

Este ministerio ha de ser lugar de dialectización entre el Evangelio y la cultura actual, entre el presente y el futuro del Reino. Su ejercicio posee una triple fidelidad: la referencia al momento fundante, al pasado, al Cristo como verdad, valor y vida —(ahí este ministerio es el lugar de la memoria del grupo creyente)—; la referencia al presente, no como quien está situado «frente a algo», sino como quien está inmerso en él —(este ministerio es lugar del análisis de la fe cristiana en el contexto sociocultural donde se vive)—; la referencia al futuro del Reino, a esa realidad prometida y expectante que está por encima de todas sus realizaciones —(aquí este ministerio es lugar de futurización de la fe; su tarea no es homologable a la realizada

por el profesor o el ingeniero sino por el guía; su tarea y su misión viene a ser la de promotor y pedagogo) —.

La inculturación y transculturación de la fe y su diálogo con la cultura serán otros tantos cometidos que habrá de acometer el ministerio pluriforme de la palabra.

#### LA TAREA TEOLÓGICA Y SU RELACION CON LA CATEQUESIS.

Se trata, en el fondo, de tomar en serio la historicidad de la verdad, aún cuando se trate de la verdad revelada, y de mostrar cómo la interpretación es una exigencia de la misma revelación, en cuanto que ésta no es la comunicación de una verdad muerta sino de una verdad siempre viva transmitida a través de una mediación histórica y que tiene necesidad de ser actualizada sin cesar.

Hacer hablar a la palabra de Dios es uno de los problemas centrales que tienen hoy planteados tanto la teología como la catequesis. Quienes de una forma o de otra andamos en estos menesteres sabemos de las dificultades de actualización de la revelación para el hombre de nuestros días, para nosotros mismos y desde nosotros mismos.

La distancia que separa nuestro medio cultural del medio histórico en que se plasmaron los textos de la revelación es enorme. Lo esencial del contenido de la revelación no ha cambiado, pero sí lo «creíble disponible», que diría Ricoeur.

Es verdad que la revelación en su fase constitutiva se cierra con la muerte del último apóstol, es decir, con la era del testimonio. Pero también es verdad que la actualización en la conciencia jamás está acabada. La distinción entre Escritura y la actualidad de la palabra de Dios hoy y la comprensión de la revelación, no como un cuerpo doctrinal sino como el acto de comunicación de Dios en la historia, nos invitan a no comprender la clausura de la revelación en un sentido demasiado estrecho. Es preciso hablar de una revelación continuada en la historia, de una presencialización siempre actual, de una actualización.

En esta actualización hay que huir tanto de una actitud conservadora que desfigura y manipula la revelación en una suerte de integrista, como de una actitud liberal que destruye la revelación por una suerte de disolución, reduciendo la revelación a una antropología.

*La postura conservadora* «suele reflejarse en una concepción de la revelación según la cual el cristiano se vería reducido a aceptar las verdades contenidas en la Escritura sin tener de su parte otra cosa que la aceptación más o menos costosa de estas verdades». Según esta comprensión de la revelación, Dios se habría revelado en la historia pero ya no seguiría revelándose. Esto a todas luces es infiel a la actual conciencia eclesial expre-

sada en la *Dei Verbum*. La actualización para esta postura se reduciría a unas exigencias pedagógicas conducentes a una asimilación asequible de los contenidos, pero, en el fondo, no transmitirían más que una verdad muerta.

*En la postura inversa*, la liberal, la revelación se ajusta tanto al horizonte de comprensión del hombre que el contenido del mensaje se desvanece. Dios y los acontecimientos salvadores se reducen al sentido que tiene para el hombre, de tal manera que éste se convierte en la medida de la revelación, en su criterio de verdad. La revelación vendría a ser la explicación de la comprensión que el hombre tiene de sí mismo. Y ahí estaría la actualización. Esta reducción es la tentación de algunos teólogos existenciales contemporáneos. Tentación que, asimismo, se advierte en la catequesis hoy en una tendencia a reducir la enseñanza de la fe a una interpretación de la vida de los hombres desde una «cierta referencia» a la Escritura, pero nada más que referencia.

La actualización del sentido de la revelación para hoy es una tarea hermenéutica compleja que va de la Escritura, o primera actualización de la palabra de Dios, hasta su actualización en la predicación, testimonio y celebración pasando por la Tradición de la Iglesia y la reflexión teológica.

Como en todo conocimiento histórico esta comprensión hermenéutica se hará siempre, por un lado, en referencia al origen histórico de donde viene la afirmación de fe y que determina su sentido inmediato; por otro lado, en referencia a nuestra situación contemporánea y a nuestra cuestión concerniente a la búsqueda de sentido y de salvación.

Siendo estas tareas inseparables podemos distinguir tres fases al interior del quehacer hermenéutico como actualización del sentido de la revelación:

a) Primero es preciso buscar, con la ayuda del método histórico, el sentido originario de tal afirmación de la Escritura resituándolo en su contexto histórico y sociocultural, como primera actualización de la palabra de Dios.

b) En segundo lugar, la comprensión de las afirmaciones de la Escritura no es posible nada más que a la luz de la Tradición, entendida en su sentido más pleno y amplio. Esta Tradición debe ser interpretada, a su vez, críticamente, tratando de desgajar el mensaje permanente de la fe desde las mentalidades y cultura en que esta fe y este mensaje ha sido formulado.

c) Por último, la palabra de la revelación, que ha encontrado su primera actualización en la Escritura y cuyo sentido pleno ha sido actualizado a lo largo de toda la historia, debe ser actualizada hoy en el universo de comprensión del hombre moderno... Y es aquí donde se plantea la tarea más evidente pero más ardua.

Se trata de hacer hablar hoy a la palabra de Dios tomando conciencia de la distancia cultural entre el universo mental de los autores bíblicos y nuestra modernidad.

Aquí se sitúa la tarea privilegiada de la teología y su repercusión en la catequesis. La tarea múltiple de la teología es una tarea hermenéutica, fin en sí misma, pero instancia y servicio para la catequesis y la predicación. La teología tiene un oficio esencial en la Iglesia: el servicio a la proclamación de la fe. La teología tiene una función mediadora; su tarea es formular de una manera nueva y significativa el contenido de la fe.

La misión de la teología es la *intelligentia fidei* desde nuestra actualidad. Su misión consiste en actualizar la idéntica palabra de Dios en función del nuevo régimen y de los nuevos instrumentos conceptuales del espíritu humano. Su papel no se identifica con el de la exégesis, aunque lo necesita y complementa. La teología debe actualizar la palabra para hoy.

La teología se debe realizar a partir de la fe que unifica a la comunidad de creyente *sen* Jesús. Si no queremos que la teología degenera en ideología, debe realizarse a partir de la experiencia cristiana vivida en Iglesia. La teología, desde el *sensus fidelium*, desde la conciencia viva de la Iglesia, indaga, busca y formula una interpretación de la significación actual del acontecimiento de Cristo a partir de los distintos lenguajes de la fe que este acontecimiento ha suscitado, sin que pueda absolutizarse ninguno.

Es preciso añadir, si, como antes señalábamos, la conciencia humana no es sólo lugar de la revelación sino una dimensión interior a la misma, nos encontramos con el derecho a decir que la significación de la revelación no ha acabado, puesto que no se ha concluido la conciencia que el hombre tiene de sí mismo y de su relación con el mundo. La revelación de Dios es siempre, además, una respuesta a las cuestiones del hombre situado y un cuestionamiento del mismo en su propia situación existencial, histórica y cultural.

Desde este ángulo la teología tratará de hacer comprensible la revelación de Dios al hombre contemporáneo, tratará de que ésta tenga sentido para la existencia humana, de hacerla cognoscitivamente significativa.

Si la revelación responde a una pregunta humana, que se plantea previa a dicha revelación y en independencia real con ella, entonces la teología, desde la pregunta humana, tratará de buscar la respuesta comprensible y con sentido en la revelación.

Por otro lado, si la revelación cristiana tiene una pretensión y realidad de validez universal (y, por tanto, posee un carácter de urgencia y concernimiento universal, y de ahí el carácter misionero del cristianismo) habrá de buscarse esa pregunta humana radical y universal, previa a la revelación cristiana, a la que dicha revelación pueda ser una respuesta, la respuesta. Recoger esa pregunta auténtica y radical —la del sentido, expresado de diverso modo—, situarse en el auténtico horizonte de interrogación para interpretar y anunciar la revelación cristiana es una de las tareas más urgentes de la teología, y que más directamente se relacionan con el anuncio de la Palabra,

de la Buena Nueva que concierne al hombre, a través de la evangelización o de la catequesis, del anuncio misionero del evangelio.

La teología, asimismo, habrá de buscar el contexto experiencial común que unifica universalmente a todos los hombres de todos los tiempos y lugares, en que el habla de Dios y sobre Dios tenga sentido. Habrá de desentrañar ese contexto experiencial común que unifica al hombre bíblico con el hombre de nuestros días; y de ahí encontrar la respuesta significativa de la revelación para el hombre actual como para los primeros testigos de la fe.

#### INTERRELACION ENTRE TEOLOGIA Y CATEQUESIS.

¿Quién no ve en esto una interrelación y una incidencia decisiva de la teología en la catequesis? Si la catequesis, la predicación, tienden al *auditus fidei* y a la acogida de la fe como forma de existencia, ¿será esto posible sin un *intellectus fidei*?

Sintetizando diremos que la tarea del teólogo es la actualización del sentido de la revelación para el hombre de hoy. Su delicado quehacer se dirige, a la vez, a no traicionar el pasado y a no transmitir un pasado muerto, bajo pretexto de fidelidad. Su función, como la predicación, se mueve a caballo de una doble fidelidad: fidelidad al Dios que ha hablado en Jesucristo y su fidelidad al hombre de nuestros días. La teología debe ser fiel, al mismo tiempo, a un testimonio histórico del que ella no dispone y al hombre contemporáneo. El medio de responder a esta exigencia es articular, conjuntamente una hermenéutica de la palabra de Dios y una hermenéutica de la existencia humana.

La teología, buscando actualizar el sentido permanente de la palabra de Dios en función de las nuevas cuestiones de los hombres y con la ayuda de los nuevos instrumentos conceptuales de que dispone el pensamiento humano, no se va a contentar con reproducir los textos sagrados o con repetir las diversas interpretaciones de la exégesis; sino que va a tratar de comprender esos datos, esos textos, de otra manera, va a hacer emerger lo «no-dicho» de la revelación, teniendo en cuenta el devenir global de la fe de la Iglesia y el poder de comprensión del hombre moderno. La tarea teológica busca garantizar la comunicabilidad del mensaje. Trata de que la palabra de Dios llegue a ser interpretante para hoy.

Desde esta perspectiva que venimos analizando, teología y catequesis se encuentran. Pero no basta con encontrarse. Deben continuar juntas en un diálogo permanente. Y este caminar juntas durará siempre mientras la Iglesia, la revelación de la que ésta es portadora, y el mundo tengan que encontrarse.

La catequesis proporciona a la teología ese lugar privilegiado de escucha y reflexión que es el encuentro entre el hombre y Dios. El lugar de la

acogida y la decisión de la conversión. El punto de partida del creyente y las edades de la fe, el encuentro entre gracia y libertad. La praxis catequética es una cantera para la reflexión teológica; y la reflexión teológica una instancia, una iluminación y un ofrecimiento de riqueza para la catequesis.

La catequesis es una oportunidad para el estudio de las exigencias, del itinerario, de la significatividad, del condicionamiento de la inteligencia de la fe por el hombre en el espacio del tiempo de hoy y de mañana.

La catequesis ha de estar interrogando constantemente a la teología, porque incesantemente la práctica catequética plantea problemas teológicos. La utilización de las ciencias humanas exige un juicio crítico iluminado por la fe. La creatividad del lenguaje debe referirse a las normas de la fe. Las situaciones concretas nuevas, creadas por los cambios culturales, están pidiendo una mirada de fe. Y aquí el papel de la teología es insustituible. La catequesis no puede ni debe vivir sin la teología.

Si teología y catequesis se encuentran y caminan juntas, no me cabe duda, se abrirá un horizonte auroral cargado de buenos auspicios para el quehacer evangelizador y testimoniante de la Iglesia, para su razón de ser: presenciar en el Espíritu a Jesucristo, revelación plena de Dios, en el hoy de los hombres.